



RELACION  
 DE LA COMEDIA:  
 LOS TRABAJOS  
 DE DAVID,  
 Y FINEZAS DE MICOL.



YA sabes , amado padre,  
 que aquellos años primeros,  
 en que gastan las niñezes  
 la primera flor del tiempo,  
 por necesidad , ò gusto,  
 ò por ser de ocho herederos  
 el último , que es desdicha  
 llegar à nacer postrero,  
 ò por todo junto , en fin,  
 me hiciste , entre Ganaderos  
 de los montes de Belen,  
 Pastorcillo bien atento:  
 guardaba allí tu rebaño,  
 siendo mis divertimientos  
 tocar à veces un harpa,  
 y à veces por los oteros  
 seguir , qual rayo , à las fieras,  
 que hartas veces cuerpo à cuerpo  
 hice à mis plantas rindiesen  
 los bravos y erguidos cuellos.  
 Vestido de pieles toscas,  
 no envidiava los aseos  
 de la ciudad , pues no hay gusto  
 mayor que vivir contento.  
 Pasaba así pues mi vida,  
 quando por suerte del cielo,



entre mis hermanos siete  
 me viste ungir , y fuí electo  
 para Rey , para Monarca  
 del israelítico pueblo.  
 Qué mal hacen , qué mal hacen,  
 los que dan , padre , los premios  
 à vista de otros que piensan  
 que se les deben à ellos !  
 Dígolo por mis hermanos,  
 pues desde entonces me han hecho,  
 envidiosos à mis dichas,  
 mal tercio en mis valimientos.  
 Remitísteme à la corte  
 à petición del Rey mesmo,  
 por si en mi música hallaba  
 à su dolencia remedio.  
 Divina salió la cura,  
 pues al son de mi instrumento  
 dexaba al Rey con agrados,  
 y al accidente con miedos.  
 Aficionado Saúl  
 à mi música , à mi ingenio,  
 mandó quedarme en palacio,  
 dándote cuenta primero.  
 Honróme con un oficio,  
 con que los Grandes me hicieron

lugar , procurando todos  
mi favor en sus empeños.  
Como era yo tan muchacho,  
sin sospechas , sin recelos,  
jugaba con las Infantas,  
hacíalas galanteos,  
sin saber lo que me hacia:  
que hay casos que aun el mas cuerdo,  
sin saber lo que se hace,  
se arma lazos à sí mesmo.  
Aunque las dos son hermosas,  
sentí que con dulce imperio  
me iba arrastrando Micol  
el alma por los cabellos.  
Di en mirarla con agrado,  
di en hacerla algunos versos,  
di en no hallarme sin su vista,  
di en celar sus pensamientos,  
di en seguirla à todas horas,  
llegando esto à tal extremo,  
que aun yo mismo eché de ver,  
que no andaba bien en esto:  
que aunque amor vence imposibles,  
y alcanzan perdon sus yerros,  
quien nació humilde , no es justo  
busque desvanecimientos.  
Viéndome pues , aunque noble,  
Pastor , y à mi hermoso objeto  
considerándola hija  
de un Rey , à quien reverencio,  
por mas que la ví prendada  
de mi amor , por mas que el fuego  
comenzó à dar batería  
con amorosos incendios,  
me resolví à morir , antes  
que me arrastrase el deseo  
à demasías , que manchan  
de una Magestad los fueros.  
Troqué memorias à olvidos,  
puse tregua al pensamiento,  
sintió Micol mi descuido,  
sentí su desasosiego:  
que aunque son rapacerías,  
y nadie repara en ello,  
jamás faltó en los palacios  
quien envidiase à un discreto.  
En fin , sin averiguarse  
la causa , razon ò intento,

dexé la corte , y volví  
à mis exercicios nuevos,  
trocando por el pellico  
galas que vistió el aseó.  
Pasáronse algunos años,  
quando de los Filisteos  
se embravecieron las guerras,  
poniendo al Rey en aprieto  
de salir personalmente  
à la defensa del reyno.  
Tú, en quien siempre aquellos humos  
de mis invictos abuelos  
humean , porque hay cenizas  
que siempre conservan fuego,  
enviasteis à mis hermanos  
al ejército , queriendo  
ganasen , à fuer de nobles,  
con su Rey honroso sueldo.  
Como padre pues , juzgando  
que unos dias de silencio  
suelen ser en quien bien quiere  
anuncios de un mal suceso,  
me rogaste ( no es bien dicho )  
me mandaste ( así lo enmiendo )  
fuese à ver en los reales  
la disposicion , el tiempo  
y el estado de las cosas,  
llevando tambien refresco,  
porque mis hermanos vieran  
en el regalo tu afecto:  
que en no mediando interés  
los hijos mas verdaderos  
suelen negar à sus padres  
las dendas con que nacieron.  
Partí obediente à tu gusto,  
llegué al real , que hallé puesto  
del valle de Terebinto  
en los empinados cerros.  
Llegué à tan fuerte ocasion,  
que un Gigante filisteo,  
monte de carne con alma,  
roca preñada de huesos,  
con quien fuera Nembrot niño,  
y un rasguño el Polifemo;  
tan desde el pie à la cabeza  
cubierto de armas y hierro,  
que al mas soberbio elefante  
le hiciera cruxir el peso.

Este

Este pues Gigante espurio,  
Goliat por nombre, blandiendo  
un grueso pino por hasta,  
bravo, arrogante y soberbio,  
baxó al valle, y con escarnio  
comenzó à retar los nuestros,  
proponiéndoles à todos  
la batalla cuerpo à cuerpo.  
Asombrado se halló el Rey,  
à fuer de confuso, viendo  
que todo el campo uno à uno  
se hicieron todos al miedo.  
Mandó pues echar un bando,  
su hija mayor ofreciendo,  
con otros premios, à quien  
le sacase del empeño.  
Nadie arrostraba su lid,  
aunque eran tales los premios,  
y los que mas braveaban,  
entonces enmudecieron.  
Ufanábase el Gigante,  
y continuaban sus retos,  
que es propio en viendo flaqueza,  
cobrar el contrario alientos.  
En este estado hallé pues  
las cosas, quando en mi pecho  
sentí tan fuertes impulsos,  
auxílios tantos del cielo,  
que me pareció que un mundo  
de gigantes contrapuestos  
à mi valor, quedarían  
entre mis brazos deshechos.  
Dexémelo así decir:  
mis hermanos me riñeron,  
si fue envidia, ellos lo saben,  
pudo ser que fuese celo.  
Llegó al Rey esta noticia,  
llámame à su tienda luego,  
voy à sus pies sin turbarme,  
exâmina mis intentos,  
repruébame el ser tan mozo,  
y el Gigante tan guerrero.  
Pícome à fuer de valiente,  
cuéntole todos mis hechos,  
y que es mas vencer leones  
que à espurios, que con desprecio  
retan del Dios de Israel  
gentes que gobierna él mesmo.



Agradóse de mis brios,  
mandóme salir al reto,  
y aunque me vistió sus armas,  
salí sin ellas, haciendo  
con mi báculo y mi honda  
alardes que pasmé al Pueblo.  
Por las cumbres de los montes  
los dos campos contrapuestos  
se pusieron à la mira  
del mas celebrado duelo.  
Goliat corrido de verme,  
rabias al cielo escupiendo,  
con mil baldones me ultraja,  
y me amenaza con fieros;  
mas yo en nombre del Señor,  
à quien los orbes inmensos  
hincan la rodilla humildes,  
satisfago tan à tiempo,  
que ya abrasado en sus iras,  
y ya en sus enojos ciego,  
para mí se viene, y yo  
tan altivo, quanto diestro,  
uno de cinco guijarros,  
que el arroyo de los Cedros  
me ofreció limpios de arena  
entre sus cristales tersos,  
pongo en la honda, hago el tiro  
con tan valiente denuedo,  
que del cáñamo aun apenas  
sintió el estallido el viento,  
quando de la piedra al golpe  
cayó el Gigante en el suelo.  
Viste un soberbio edificio,  
que ya los cimientos huecos  
desmoronados à edades,  
ò carcomidos del peso,  
al verse herido del rayo,  
que de sus preñados senos  
vibró entre abortos la nube,  
cae haciendo tal estruendo  
que aun los montes que le miran,  
con muy lastimosos ecos  
tantos temblores esparcen,  
que embargan el ayre à miedos?  
Pues de aquesta misma suerte,  
al rodar el Filisteo,  
torre de Nembrot soberbia,  
tan grande tropel fue haciendo,  
que



que no solo aquellos valles  
y montes se estremecieron,  
sino muchos de los suyos  
cayeron del pasmo muertos.  
Tal fue el terror y asombro  
del ejército geteo,  
al mirar cadáver frío  
à quien respetaron dueño,  
que embargados de sí propios,  
dieron lugar à los nuestros  
de hacer tumba la campaña  
de un millon de Filisteos.  
Al fin con su mismo alfange  
al Gigante segué el cuello,  
cuya cabeza ante el Rey  
fue el timbre de mis trofeos.  
Las caricias, los aplausos,  
los favores que me hicieron,  
no son para referidos,  
al buen discurrir los dexo.  
El Príncipe Jonatás  
me dió sus vestidos mismos,  
que solo su amor pudiera  
hacer bizarros excesos.  
Marchamos pues à la corte,  
despoblándose los pueblos  
con fiestas y regocijos,  
señalándose en extremo  
las damas y las doncellas,  
que al son de sus instrumentos  
mil coplillas me cantaban;  
de una pienso que me acuerdo.  
Venga en buen hora  
el Zagal gentil,  
que si Saúl mil ha muerto,  
à diez mil mató David.  
Vi desazonado al Rey  
al escuchar los acentos:  
si hubo otra causa, lo dudo,  
que fue envidia es lo mas cierto,  
porque ajenas alabanzas  
à nadie hicieron buen cuerpo.  
Nunca mas le vi con gusto,  
sino enojado, severo,  
apesadumbrado, triste,  
impaciente y mal contento.  
Juzgando pues que el demonio  
causaba aquestos efectos,

qual solia, tomé el harpa  
una tarde, que suspenso  
le hallé en mil melancolías;  
y apenas pongo los dedos  
en las cuerdas, y en los labios  
formo apenas los acentos,  
quando arrebatado furioso  
de una lanza, y à mi pecho  
con tal violencia le embiste,  
que si no le hurtara el cuerpo,  
me cose con la pared,  
pues quedó en ella blandiendo.  
Viendo peligros tan claros,  
salí del palacio huyendo,  
para que conozca el mundo  
lo que duran valimientos,  
pues al primer escalon  
de la dicha en que me vieron  
coronado de victorias,  
en visperas ya de un reyno,  
de los Príncipes querido,  
hecho de una Infanta dueño,  
victoreado del vulgo,  
amado de todo el Pueblo,  
temido de mis contrarios,  
respetado de ellos mismos:  
à un solo bayben cayó  
toda esta dicha en el suelo.  
Esto, Padre, es de mi historia  
un testimonio, y si en esto  
hay causa, que mis hermanos  
me persigan, quando ellos  
debieran antes honrarme,  
júzgalo tú como cuerdo,  
que yo obediente soy  
à tu gusto, à tus preceptos;  
si antes te serví Pastor,  
Pastor à servirte vuelvo;  
si el desecho de tus hijos,  
mas humilde por desecho;  
si antes de ungirme gustoso,  
ungido con mas afecto;  
si entonces muy servicial,  
ahora mas verdadero;  
si allí con mas sencillez,  
aquí con mas escarmiento:  
porque los trabajos són  
quien hace à los hombres buenos.